

**GANADORA AUTONÓMICA**



## **SIN TÍTULO**

Sara Porres Montaña

**Colegio San José Hermanos Maristas (La Rioja)**

Dolor. Es la única palabra que aflora en mí en estos instantes. Vuelvo a escuchar el látigo y oigo un grito desgarrador. Ya no sé si ese grito proviene de mi garganta, o si son todas imaginaciones mías. Se me nubla la vista, pero llego a vislumbrar el rostro de la persona que tiene el látigo. Y veo en sus ojos miseria, ignorancia, crueldad pero, sobre todo, tristeza.

Porque sin educación el ser humano no es más que un animal.

De repente, me desplomo en el suelo y pierdo el sentido.

Todo empezó con la desaparición de los diccionarios. Recuerdo que salía en todas las noticias: “Misteriosa desaparición de todos los diccionarios del planeta”. “Un nuevo ataque contra la educación”.

Cuando lo escuché por primera vez me temblaron las piernas y casi caigo al suelo. ¡No era posible! ¿Quién lo había hecho? ¿Por qué?

Yo no me considero escritor, me considero artista. Cada vez que escribo una palabra en mi viejo cuaderno es como si trazase una pincelada en un lienzo de papel. Cada una de las letras que dibujo con mi pluma es una línea de color que da vida a un cuadro: mi historia.

Todo el planeta estaba confuso; no había ningún diccionario. Las editoriales tenían prohibido publicarlos, y todas las familias estaban obligadas a entregar los suyos a las autoridades.

Las casas habían cambiado mucho. Los nuevos jefes de gobierno quemaron públicamente millones de libros y diccionarios. Su objetivo era dejar al mundo sin acceso a la cultura. Así, las nuevas generaciones serían más fáciles de manipular.

Aquella tarde me di cuenta de que mis mayores armas eran mi pluma y mi cuaderno, donde expresar mis ideas y sentimientos, donde crear obras de arte: únicas y personales.

Y es por eso por lo que yo sé que no soy escritor, sino artista.

Recuerdo que todo sucedió muy rápido. Antes de que los policías viniesen a mi casa, cogí un diccionario y lo guardé bajo un tablón del suelo que estaba suelto. No podía permitir aquello. Con una fuerza que no sé de dónde saqué, le dije a los policías que no tenía nada. A partir de ese momento, mi vida cambió.

En los años siguientes lloré todos los días. Lloré porque, al caminar por las relucientes calles de Mondá, veía a los niños trabajando. Les miraba a la cara y veía en sus ojos una madurez que no era propia de su edad. Y es que esos niños jamás habían tenido la oportunidad de soñar despiertos acariciando las hojas de una novela de aventuras, nunca habían tenido miedo de los monstruos de los cuentos para los más pequeños.

Jamás habían leído nada.

Yo, cada día, leía y leía el diccionario hasta que me dolían los ojos, porque sabía que era la única manera de no acabar convertido en uno de ellos.

En el fondo, me daban mucha pena.

Y así, día tras día, transcurrió mi vida. Las personas cultas que aún quedaban fallecieron y el mundo se convirtió en un infierno.

Pasaron los años y llegué a saberme el diccionario de memoria, palabra por palabra.

Fue un día, que parecía ser como todos, cuando comenzó un infierno peor que el que ya conocía. Estaba sentado en el porche, leyendo mi diccionario, cuando los policías entraron a mi casa y me agarraron y ataron sin ningún miramiento. Y, entonces, un hombre sacó un látigo.

Recupero el sentido. Me siento muy débil. Estoy al límite de mis fuerzas pero no puedo dejar de mirar a ese hombre. Y veo reflejado en él el dolor de ser una pieza más en un juego del que todos formamos parte. No puedo evitarlo y comienzo a sollozar. Sé que no es culpa suya haber acabado así, pero siento una pena inmensa al comprobar en lo que le han convertido.

Noto cómo la vida se me escapa, lenta y dolorosamente, por cada una de las heridas de mi espalda, unas heridas hechas por la miseria y la ignorancia.

Y entonces, haciendo acopio de las fuerzas que aún me quedan, le grito: ¡Esto no es culpa tuya! ¡Haz de este mundo lo que era antes! ¡No te rindas a la ignorancia! ¡Tú... tú puedes cambiar las cosas... puedes...

Y, de repente, todo se torna negro.